

modo. El sabía de la ausencia de una fisonomía artística en sus libros, y lo sabía con dolor. La emoción estética en la historia y en la ciencia, ante el rigorismo del método actual, la entendía como la representación de la verdad. Si Medina hubiera pensado con algún egoísmo en hacer estudios de reconstitución, de interpretación, de síntesis acabadas, de tesis subyugantes, habría agostado para otros, muchos de los elementos que generosamente entregó. Temblaba cuando veía cómo se iban rehaciendo cada día las conclusiones aligeradas de un Taine, de un Menéndez Pelayo, de un Mommsen y tantos otros, y no quería que su esfuerzo fuera mañana derrumbado por la crítica. En eso cifraba su orgullo y por eso trabajaba con desdén de la forma y del arte. Sin embargo, cualquiera que sean esos defectos externos, no puede negarse que hay también una gran belleza moral en este afán benedictino de buscar la verdad, y hay también belleza en el sacrificio, que tomó a veces formas heroicas de entregar, depuradas, las fuentes en que habrán de beber las generaciones futuras. Así, mientras muchos libros de arte en la composición y de belleza en el pensamiento filosófico e histórico, morirán inevitablemente por ser trabajos de interpretación de las corrientes intelectuales del momento y porque el espíritu que los inspiró pasó de moda, la esencia de la obra de Medina vivirá durante siglos, porque en ella está la mejor forma de la sabiduría imperecedera, la verdad. Y seguirá siempre alimentando las más vastas creaciones de la inteligencia.—
G U I L L E R M O F E L I Ú C R U Z .

S I M O N B O L I V A R

PANORAMA DE SU VIDA, DE SU OBRA Y DE SU ACCIÓN
AMERICANA (1)

I

«**B**OLÍVAR, gran capitán, gran poeta, gran orador, todo a la vez, es la prodigiosa multiplicidad de las facultades del genio. . . » Con estas palabras Vicuña Mackenna ha sintetizado integralmente al Libertador. Frases ardidadas de entusiasmo completan el retrato. «¡Bolívar! añade el máximo chileno. ¡Cuán

(1) Conferencia leída en la inauguración de la Sociedad Bolivariana de Chile, en la Universidad del Estado, el 24 de Julio de 1933, día en que se cumplió el 150° aniversario del nacimiento del Libertador.

gran figura en todos los siglos y en todas las naciones!» «Desde Cumaná a Potosí nada le ha detenido. Ha destrozado virreynatos, ha borrado todas las líneas de las demarcaciones geográficas: ¡ha rehecho el mundo!» «Su caballo ha bebido las aguas del Orinoco, del Amazonas y del Plata...» «Bolívar apenas cabe en el estuario del más grande de los ríos de la América... Bolívar es el vuelo, el ave, el águila de las sabanas que se remonta hasta los astros y hace resonar bajo la bóveda del firmamento, los roncós gritos de sus victorias».

José Martí no quedó más corto en el elogio. «De hijo en hijo,—ha escrito—mientras la América viva, el eco de su nombre resonará en lo más viril y honrado de nuestras entrañas».

Y Rodó, el orfebre que cinceló en oro viejo sus pensamientos, dijo en la más hermosa y pura de sus oraciones: «Cuando diez siglos hayan pasado; cuando la pátina de una legendaria antigüedad se extienda desde el Anahuac hasta el Plata, allí donde hoy campea la Naturaleza o cría sus raíces la civilización; cuando cien generaciones humanas hayan mezclado, en la masa de la tierra, el polvo de sus huesos con el polvo de los bosques, mil veces deshojados, y de las ciudades, veinte veces reconstruídas, y hagan reverberar en la memoria de hombres que nos espantarían por extraños si los alcanzáramos a prefigurar, miríadas de nombres gloriosos en virtud de empresas, hazañas y victorias de que no podemos formar imagen, todavía entonces, si el sentimiento colectivo de la América libre y una no ha perdido esencialmente su virtualidad, esos hombres, que verán como nosotros en la nevada cumbre del Sorata la más excelsa altura de los Andes, verán, como nosotros también, que en la extensión de sus recuerdos de gloria nada hay más grande que Bolívar».

He aquí el genio del Libertador comprendido y descrito por algunos de los espíritus más altos de nuestra América. Palabras que tienen resonancia de bronces de guerra, conceptos esculpidos en el mármol más puro, ¿qué más cabría agregar? Bolívar, sin embargo, encierra en su personalidad multiforme, en la extensión de su genio no superado en esta raza nuestra, tan pródiga en hombres y en ideas grandes, facetas y matices que no agotarán tan fácilmente sus devotos, y hay en su vida materia para incrementar casi indefinidamente el número de sus títulos bibliográficos.

Bolívar todo lo fué a la vez. Capitán de ejércitos que supieron de reveses y de innúmeros triunfos, jefe de soldados que no conocieron la fatiga ni el desaliento, organizador de estados, legislador original, unificador de la Gran Colombia, diplomático

notable, poeta de estructura romántica, orador de verba recia, épico descriptor de sus propias hazañas, generoso en lo íntimo hasta morir sin camisa después de haber derrochado en sus campañas cuanto poseyó—oro y bravura, energía y capacidad—. Todo lo fué, casi todo lo hizo. . . ¡Sus sueños lograron prolongarse en el tiempo sin término! . . .

II

Pero Bolívar tiene un antecesor histórico, sin cuya previa actuación y obra su tarea habría sido más difícil y la empresa de la independencia americana hubiera encontrado tropiezos mayores. Ese antecesor, ese hombre cuya misión era anunciar la llegada del tiempo de la libertad y preparar sus caminos, se llamó don Francisco de Miranda.

El Precursor facilitó, en verdad, la obra del Libertador. Ambos necesitaron completarse, y ambos, nacidos en tierra venezolana, fueron dignos el uno del otro.

La vida de Miranda constituye una gigantesca lección de energía.

Nacido en Caracas en 1750, a la edad de veinte años se trasladó a España en donde presta servicios militares. Combate, viaja, y luego, instalado en Londres en 1789, el año de la Revolución de Francia, inicia de lleno su apostolado americano. Siente que la hora se aproxima, que es menester despertar los espíritus con toques de alba, que es indispensable golpear en las conciencias retardadas. Y se entrega por entero, con el ardor de una gran convicción, con la fuerza fanática de un iluminado, a luchar por la independencia de América. Y no cesa un punto, no se da un momento de tregua. Cada jornada suya está plena, cada hora, cada minuto pertenece a la causa. Por ella combate, ella lo impulsa al pie del trono de Catalina II a solicitar la ayuda de la autocracia y a la corte de Saint James en demanda del apoyo inglés. Traba relaciones con Pitt el joven, cultiva a los personajes más poderosos de su tiempo, pone en juego los recursos más atrevidos, las más hábiles combinaciones diplomáticas. Y no retrocede. Cada fracaso, cada repulsa, cada retardo lo encuentran confiado y sonriente. Es el apostolado de una vida entera. En una mano la pluma y en la otra la espada. Un día ofrece sus servicios a Francia y en sus ejércitos gana las palas de divisionario. Compañero de Dumoriez y amigo de Petion, general de la República, héroe en los campos de batalla, vencedor en Valmi—en donde hoy el bronce consagra su recuerdo—y en Amberes, cuya capitulación decide; obtiene

el mando en jefe del Ejército del Norte, dirige luego el sitio de Maestrich y alcanza en Marzo de 1793 la victoria de Pellemberg. Mas su estrella militar se eclipsa, cae con los hombres de la Gironda, sufre prisiones, es desterrado. No importa. Un día Napoleón colocará su nombre en el Arco de Triunfo, entre los héroes magnos de la epopeya francesa.

Y Miranda retorna de lleno a sus proyectos de emancipación. En Londres funda su célebre Logia libertaria y da lecciones a O'Higgins. Recorre las cancillerías; propone la creación de un gran imperio independiente, en América. La fortuna parece sonreírle de nuevo. El gabinete de Londres le ayuda; el presidente Jefferson de los Estados Unidos se muestra favorable a la autonomía americana. Miranda, a la cabeza de una expedición libertadora, desembarca en la costa de Venezuela. No era tiempo aun y el Precursor hubo de tornar a Europa, vencido pero no desalentado.

Seis años después fué esa inmensa alborada del año grande. 1810 vió desencadenarse de un extremo a otro de Sud América la tormenta emancipadora. Los Andes se estremecieron y en Caracas surgió Bolívar. La epopeya de América iba a comenzar.

Bolívar, delegado de Venezuela, partió a Londres en misión especial. Y Miranda retornó a América y desenvainó de nuevo su espada de revolucionario. Fué el jefe militar de la primera República y llegó a ser su dictador. La suerte de las armas continuó, sin embargo, siéndole adversa. No le estaba reservada la gloria del triunfo final; manos con mayor fortuna, pero no más dignas que la suya, habrían de empuñar reciamente la espada libertadora.

Cayó, fué entregado al enemigo y sufrió largo martirio en cárceles de España. En la Carraca de Cádiz, en la madrugada del 14 de Julio de 1816 exhaló el último suspiro el precursor de la libertad y de la unidad americana.

Han corrido los años. La historia comienza a hacer justicia a los manes de este hombre genial que supo batirse con su propio destino y fué superior a los acontecimientos, a la fatalidad, a la muerte misma.

III

Miranda es el antecesor de Bolívar, hemos dicho.

El Precursor había despejado el camino al Libertador.

Y el Libertador vino y la Libertad fué.

Paseemos la mirada por el panorama de su vida. Examinemos a vuelo de pájaro esa vida casi única cuyos ángulos de luz se

proyectan en un continente entero y arrojan sobre nuestra historia tan magno prestigio.

En Caracas, en esa Caracas colonial que a fines del XVIII dormía su sueño de tres siglos, y tras de las rejas de laboreado hierro vizcaíno sentía crecer la hierba, en tanto las generaciones de hombres cruzaban el escenario del vivir sin apenas advertirlo—tal era la pereza vegetativa de aquel tiempo en que, empero, algunos hombres de genio lograron absorber las fuerzas espirituales gestadas con formidable potencia de tierra virgen—vino al mundo el Libertador el 24 de Julio de 1773 en el hogar del coronel don Juan Vicente de Bolívar y Ponte y de doña María de la Concepción Palacios y Blanco. Pusiéronle en las pilas bautismales Simón José Antonio de la Santísima Trinidad, nombres de príncipe, y pasó los años de la infancia en brazos de la negra Hipólita, esclava de su casa por la que sintió amor de hijo. Y fué así como en la cuna se aunaron blasones que más tarde miraría él mismo con amable burla, al auténtico amor de lo que es carne y espíritu de pueblo, alma y sangre de trabajadores. Así han solido nacer y forjarse los grandes demócratas de la historia.

Corrió la niñez de Bolívar desprovista de alegría. Huérfano a poco andar, su educación no fué de las más cuidadas y no demostró, en verdad, interés por mejorarla. Tuvo, sin embargo, dos grandes maestros: don Simón Rodríguez, singular personaje con gustos de filósofo (era fanático de Juan Jacobo) y extravagancias de hombre superior, y don Andrés Bello, nuestro Andrés Bello, también venezolano de cuna, de cuyos labios recibió las primeras lecciones de Geografía.

A medio ilustrarse, pues, ese hombre que andando los años logró notable auto-culturación, lanzóse por los caminos del mundo. Era la época de la adolescencia, la época en que la vida desparrama sobre nuestros senderos un soplo divino y la sangre, martillando en las venas, asegura a cada hombre su primogenitura sobre el mundo. ¡Diez y siete años! Una miniatura de esa época lo muestra pleno de seducción casi femenina; los cabellos ensortijados caen sobre la frente, largas pestañas velan los ojos y el rostro de óvalo suave se hunde en enorme cuello de raso prendido por una flor. Veinte años más tarde el pincel lo mostrará hundido de mejillas, seco y amarillo de piel, recio y apretado de carnes, fulgurantes los ojos, pleno de una fuerza de super-macho y de super-jefe. Los soles de la mitad de América lo han tostado. Las privaciones y el dolor de pensar han tallado en granito su cuerpo, vientos de tempestad han raleado sus cabellos. No es ya un hombre, es un centauro, una

fuerza desencadenada, un semi-dios galopando en corceles de fuego sobre las llanuras ilimitadas de América. Es el super-hombre de Nietzsche, que dijera García Calderón. En esos veinte años el adolescente tuvo tiempo de forjarse una personalidad y de independizar un mundo.

Bolívar viajó por España, estudió, contrajo matrimonio con una hermosa compatriota—doña Teresa Toro—que habría de morir casi niña a poco andar. Y fué ese episodio de amor el romántico bautizo de su vida, porque retornó de su patria a Europa y paseó por sus cortes, desde el Escorial a Versalles, las soledades de un dolor que su fantasía cultivó a maravilla—eran los tiempos de Werther, el triste caballero de Goethe.— Y el dandy se hizo calavera, y viajando con tren de príncipe prodigo derrochó una fortuna... Brillaba en el viejo mundo la estrella de Bonaparte. Atraído por el magnetismo de aquel hombre que devoraba los grados geográficos y deshacía a puntapiés el mapa político de Europa, presencié en Milán la segunda coronación del César, y en compañía de Simón Rodríguez, a orillas del Anio, subió al Monte Sacro, pronunciando allí estas palabras que la historia ha recogido: «Juro delante de Ud.; juro por el Dios de mis padres; juro por mi honor, juro por la Patria que no daré descanso a mi brazo, ni reposo a mi alma, hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español».

Vino el año grande. 1810 vió el estremecimiento de un mundo que adquiere conciencia y se prepara a ser libre, a vivir de sí mismo y para sí mismo. Bolívar estuvo junto a los próceres. Fué de los primeros en alzar su voz y su espada contra la metrópoli. Y en obediencia a las instrucciones de la Junta de Gobierno de Caracas, partió a Londres, acompañado de López Méndez y Bello.

El novel embajador se expidió espléndidamente. Llamó la atención del gran mundo londinense por su lujo, y del gobierno británico, por su talento. Obtuvo de aquella diplomacia fina y calculadora lo más y lo mejor que era dable obtener, comprometiendo al mismo tiempo el regreso de Miranda a la tierra natal. En Londres, bajo la bruma de Londres, se abrazaron por primera vez el Precursor y el Libertador. Fué aquella quizá la única época en que los dos caudillos de América se vieron próximos, pues la vida y los acontecimientos debían apartarlos y aun oponerlos.

En Venezuela, la primera República se formó, luchó y cayó siguiendo un proceso fatal de acciones y reacciones, como en casi todo el continente del Sur. Don Francisco de Miranda fué

su jefe, su generalísimo, su dictador. Pero más que su empeño pudo el cansancio de la larga jornada...

Bolívar tuvo un rol secundario en aquel tiempo. Cuéntase, no obstante, una anécdota que lo retrata de cuerpo entero. Cuando en la tarde del 26 de Marzo de 1812, Jueves Santo como aquel otro en que se constituyera el primer gobierno criollo, tembló la tierra y la ciudad se asentó sobre sus cimientos de barro, el pánico ganó todas las almas. Los hombres aterrados se agrupaban junto a las iglesias en ruina, en afán de penitencia. En medio del desastre y de los aullidos de la gente, surgió Bolívar, espada en mano, y abriéndose paso entre las víctimas y los sobrevivientes gritó: «Si la naturaleza se opone a nuestros designios, lucharemos contra ella y la someteremos».

El tratado de Vitoria puso fin a la primera República Venezolana. Firmado que fué por Miranda, tuvo Bolívar, llevado de su ardiente espíritu y de las impulsiones de su juventud, pues recién cumplía treinta años, el único gesto oscuro de su vida, y digo oscuro en el sentido de pasional, de no generoso, rasgo casi inexplicable en vida que dominó un signo de tan alto desprendimiento. Fué la prisión del Precursor en la que tomó parte directa el Libertador...

Mas, sigamos, sin detenernos aquí, su destino prodigioso.

Después del vencimiento, la emigración. Bolívar pasó a Cartagena de Indias, y en seguida obtuvo del Congreso de Nueva Granada el mando de un ejército que pequeño por el número de sus soldados debía él tornarlo grande por la extensión de sus hazañas, Y comienza la increíble campaña de 1813 a la cabeza de 500 hombres, abriéndose en ella la lista de sus triunfos militares... Los pueblos se insurreccionaban a su paso y tras de sus banderas seguían los paisanos en armas. Caracas recibió al caudillo como a un héroe y le hizo jefe supremo, dispensándole de inmediato aquel título que la posteridad le ha confirmado. ¡Libertador le llamaron sus compatriotas, y fué el Libertador!

La estrella ascendía en medio de crisis inevitables. A los primeros triunfos siguieron los reveses, y Boves, el infatigable Boves, se cruzó en su camino. Después de la brillante jornada de Carabobo, la derrota detuvo el paso de su caballo. Y fué el desastre. Caracas escapó de sus manos; la reacción se impuso. Era aquel año de 1814 en que Mackenna caía destrozado por un sino adverso y O'Higgins, nuestro bizarro y republicano O'Higgins, mordía el polvo de Rancagua.

1814 fué también el año del terror. Establecido por los españoles, aceptado por Bolívar en el triste pero necesario decreto

de Trujillo, comenzó la locura de la sangre, que dijera Mancini. Las ciudades fueron asoladas, los prisioneros de ambos campos ejecutados; se dió muerte a los viejos, a las mujeres, a los niños. Un soplo apocalíptico pasó por la tierra venezolana y los hombres se tornaron fieras...

Pudo más el fanatismo; fué, con todo, más fuerte la reacción que reconquistaba posiciones centenarias, y deshechas sus huestes, Bolívar volvió a Nueva Granada, presentándose al Congreso de Tunja para exponer su conducta que mereció general aprobación. Pasó en seguida a Bogotá a poner paz en los bandos desacordados. El año de 1815 lo vió en pie defendiendo a Cartagena. No logró imponerse y forzado por las circunstancias se trasladó a Jamaica, donde escribió su célebre carta profética, y a Haití, cuyo gobierno le brindó generosa ayuda.

La campaña de 1816 abre nuevas etapas. La victoria sonrío, la victoria se eclipsa, la victoria tiene para el Libertador veleidades femeninas. Mas, ved a Bolívar a caballo, resistiendo al sol de los arenales, al hielo de los páramos, a la fiebre de las llanuras y al apunamiento de las cumbres. Con las carnes hechas mármol y el alma ardida, con las botas pegadas a sus muslos de hierro y la mano soldada a su tizona. ¡Ahí está! Vedlo de pie sobre los estribos. Su mirada de fuego se pasea por el mundo de Colón; su fe es de aquellas que allanan las montañas; su voluntad domina a los insurrectos, impulsa a los tímidos, aviva a los tardos. Millones de hombres clavan en él su esperanza, la esperanza suprema. Don Quijote, el señor Don Quijote, cuya figura fué triste porque era emblema de todo lo puro entre los hombres, que vale decir entre las pasiones dominadoras y la carne sufriente y vencida, parecía alentar en él con lo mejor de la humanidad. Acaso también alentaba aquel Rui Díaz de Vivar a quien sus contemporáneos llamaron el Cid Campeador, porque de ambos tuvo Bolívar y la locura de ambos, en su alma encarnada, cuajó en esos nombres de Carabobo, Boyacá, Pichincha, Junín y Ayacucho...

Los años de 1817 a 1824 lo vieron cabalgar sobre las tierras de Venezuela, de Colombia, de Ecuador y del Perú, del Alto y Bajo Perú. Los españoles retrocedían ante él, y por los pueblos estremecidos, hambreados, exhaustos, pasó el divino soplo de la libertad. Porque la libertad seguía las huellas de su caballo de guerra. ¿No ha dicho José Martí que «Bolívar recorrió más tierras con las banderas de la libertad que ningún conquistador con las de la tiranía»?

El Libertador no sólo liberta, construye y organiza también; crea repúblicas; establece, bajo la base de gobiernos fuertes,

los cimientos de las futuras democracias; dicta constituciones, dicta códigos, legisla, administra justicia, forja hombres y almas, funda ciudades, funda países, improvisa ejércitos y ofrece a los hombres de buena voluntad el mensaje de la época futura...

Bolívar en su carrera política logró dar cima a su empresa de formar la Gran Colombia. Y unidos por lazos federales, se encontraron Venezuela, Colombia y Ecuador. Era una base para la soñada unidad general. ¿Quién otro, cabe decir, hubiese logrado, en la Revolución, un éxito semejante?

1824 vió a Colombia unida espiritualmente con el Perú y con Bolivia, la nueva nación fundada por el prócer. ¡Cinco repúblicas vinculadas por la fuerza de comunes aspiraciones, de lengua y tradiciones similares, libertadas por el empuje de una misma voluntad, de una sola voluntad! Fué aquella la hora del cenit. Bolívar desde lo alto del Chimborazo podía cerrar los ojos y vivir su *Delirio*, y luego, abriéndolos, divisar a millones de hombres que lo aclamaban como a un dios humano...

Su vida pública parecía terminar allí. América era libre. Secundado, en cierto modo, por San Martín, libertador de Chile; por Sucre, aquel a quien Vicuña Mackenna llamara el Washington del Sur; por O'Higgins, el hombre de todos los desprendimientos altos; por el uruguayo Artigas, por Mackenna y por tantos otros próceres que agigantándose a sí mismos agigantaron su época, Bolívar había emancipado a casi toda la América española. ¿Qué más faltaba a su gloria? Bolívar en el Chimborazo debió meditar... Sí, algo quedaba por hacer. Ese algo que cuatro generaciones de hombres no han logrado todavía: ¡La Unidad!

Bolívar cedió al vértigo de su gloria. Se creyó grande como un dios, infalible y necesario como un dios, y tornó a Colombia a apretar entre sus manos el cetro de la dictadura. Y fué dictador. Y al serlo comenzó a descender...

En Bogotá empieza esa tercera etapa de su vida, en que lo alto se quebranta, en que el espíritu siente la fatiga de tanta empresa enorme, de un derroche tan formidable de energías y de genio. Sus compatriotas murmuran. Le llaman tirano, conspiran contra su autoridad, hasta maldicen de su nombre. Los más fieles comienzan a desertar; los apetitos deleznables se avivan y Páez se rebela en Venezuela y el propio Santander se le opone en Nueva Granada. Una noche sus enemigos llegan hasta el palacio de San Carlos decididos a darle muerte, y para salvarse salta por una ventana en tanto le guarda las espaldas una mujer, la mujer de todo ese período de su vida, aquella que

sus amigos llamaban Manuelita la Bella, y que las crónicas contemporáneas bautizaron con el título de la Libertadora del Libertador... En la epopeya del gran americano comenzaba a atardecer...

¡Qué bien marcadas están esa y todas las etapas de su vida! La adolescencia: una gran alba de oro y un poema de amor; vida señorial, sueños heroicos culminados en el Monte Sacro. 1810: el año grande y el supremo despertar; embajada magnífica en Londres y primeras acciones de guerra. Luego las campañas militares de 1813 a 1821. Sufrimientos indecibles, energía imponderable, super energía, super heroísmo, super optimismo. La guerra sin medios ni soldados, la guerra contra el enemigo extranjero y contra los propios compatriotas. De 1821 a 1824, las supremas campañas libertadoras. Pueblos en delirio, muchedumbres histerizadas que le abren calle en las entradas triunfales. El incienso quemado por pueblos puestos de rodillas. Es el cenit. Imposible ir más lejos. ¿Acaso algún hombre ha logrado subir más alto? 1824 a 1826, la organización de los pueblos bolivarianos. 1826 a 1830, la dictadura, la reacción adversa, la ingratitud de hombres y de pueblos sin memoria. Y luego la marcha hacia el país sombrío, el éxodo, el dramático éxodo que culmina en Santa Marta.

Y Bolívar siguió, paso a paso, esa ruta. Fué enérgico, fué soberbio, fué poderoso, y bebió finalmente el cáliz amargo. Lo bebió a grandes sorbos, con pasión grande, porque todo había de ser grande en esa vida. Y herido de muerte, herido por la traición de aquellos a quienes más había amado, con calentura que del alma abrasada pasará a las carnes deshechas, Bolívar, seguido de unos pocos fieles se encamina al ostracismo. Hidalga hospitalidad española lo acoge en Santa Marta. Está junto al mar. El horizonte ilímite le recuerda la fugitividad de los hombres y de sus obras. Y piensa, con sorda tristeza, que acaso él mismo ha arado sobre el mar...

La hora se aproxima, la vida arde en llamaradas dolorosas cuyo fulgor ya no emociona a los hombres que su espada y su genio libertó. Un día, en San Pedro Alejandrino, su mano, firme aun, traza la suprema despedida: «Al desaparecer de en medio de vosotros—expresa a los pueblos colombianos—mi cariño me dice que debo hacer manifestación de mis últimos deseos. No aspiro a otra gloria que a la consolidación de Colombia: todos deben trabajar por el bien inestimable de la unión...»

Cuéntase que en aquella etapa postrera, al llegar a San Pedro Alejandrino, preguntó a su huésped, el español Mier, qué libros tenía, y luego paseando sus ojos por los anaqueles, exclamó:

«¡Cómo! Si aquí tiene Ud. la historia de la Humanidad! Aquí está *Gil Blas*, el hombre tal cual es; aquí tiene Ud. el *Quijote*, el hombre como debiera ser...»

Y más tarde, acaso bajo la sombra de los árboles que velaron su agonía, añadió estas palabras: «Jesucristo, don Quijote de la Mancha y yo hemos sido los más insignes majaderos de este mundo!...»

El 17 de Diciembre de 1830 se extinguió serenamente la vida de Simón Bolívar, a los cuarenta y siete años de su edad.

IV

Hemos contemplado panorámicamente la vida del Libertador. Acerquémonos ahora al hombre.

Seco y recio de cuerpo, potentísimo en lo espiritual, autocrático en el mando, energético en grado superlativo, este hombre que tanto como los más raros y principales de la historia humana puede ser llamado monstruo de la naturaleza, juntó las más excelsas virtudes a los dones singularísimos de su genio. Era en lo íntimo, en el trato familiar de los campamentos donde corrió lo mejor de su vida, y aun en los palacios de sus sedes gubernativas, profundamente simpático. Tenía el don magnético de atraer. Era convincente, halagador cuando parecía preciso, fino como el más perfecto diplomático o rudo y colérico hasta la violencia. Sobrio, los placeres capuanos contaron raramente en su vida, y el amor—pasado el episodio romántico de su matrimonio—sólo tuvo parte prudencial. Sin embargo, la sensualidad se desataba a veces; pero siempre consiguió dominarla. Como en las vidas de los grandes realizadores—César, Napoleón, Lenin—el tiempo del amor se diluía en las preocupaciones absorbentes, y así en Bolívar sólo se conoce un amor continuado: el de aquella hermosa Manuela Sáenz que desde un balcón de Quito arrojara, en alguna mañana triunfal, una corona de laurel sobre su cabeza.

Vivía y comía frugalmente. Una mala hamaca le servía de lecho cuando tenía tiempo de reposar y un trozo de carne, con algunos sorbos de agua, solía bastar a su sustento. Pero, cuando se improvisaba algún festín criollo, en celebración de victorias militares o políticas, apuraba la bota de vino y entonces su alegría era estruendosa... A veces después del primer brindis saltaba sobre la mesa del banquete, sus ojos eran ascuas, sus cabellos flotaban al viento, y los brazos subrayaban la elocuencia de las frases, vigorosas, pasionales... Cuéntase de cierta vez en que a los postres de opípara comida, trepando a la mesa

dió una vuelta por entre los cristales, con cuidado de no romper ninguno, y dijo: «Así trataré a los españoles que se declaren por la libertad!» Y luego dió otra vuelta, haciendo añicos loza y cristales con sus pesadas botas de campaña. «Así, señores, añadió, trataré a aquellos que combatan la causa de la libertad!»

Entre sus cualidades personales, con ser muchas, no era la menor su desprendimiento. La generosidad de Bolívar raya en inverosímil. Lo daba todo. Era una mano abierta en ofrenda sin término. Su fortuna rodó entera por entre los dedos, sirviendo a la causa que dirigía, a los amigos, a los caídos, a las víctimas de la guerra, a cuantos a él ocurrían en demanda de ayuda, de justicia o de pan. Escuchad, por ejemplo, este párrafo de carta a su amigo Fernando Peñalver, fecha el 24 de Mayo de 1821: «He sabido con mucho sentimiento, por el portador, que Ud. se halla en extrema miseria; y como no tengo un maravedí de qué disponer, le envío a Ud. la adjunta orden para mi criado, que tiene mi equipaje, para que se lo entregue, lo venda y se socorra»... En Noviembre de ese mismo año cedió más de un tercio de su sueldo anual—que era de sólo treinta mil pesos— a la viuda del ilustre Camilo Torres. Y aquella dádiva fué tan delicada que la hizo, en forma de cesión de parte de sus propias rentas, por intermedio del encargado del poder ejecutivo.

Su complejo carácter, su alma extraña y múltiple, hecha de miles de facetas contradictorias, no estaban exentos de fanatismo. Acaso en esa fuerza fanática que lo alienta, que empuja su brazo, que agita y consume su espíritu, que dinamiza su cuerpo, resida uno de los más eficaces motores de su potencialidad. No hay que hacer disquisiciones médicas, ni hablar de anomalías psíquicas, porque la psicosis, en escala variable, domina a los hombres y al mundo, empuja a la humanidad por el camino de las grandes hazañas, o envenena con miserias e incomprensión la vida del hombre. En el caso de Bolívar es menester buscar antecedentes en una Teresa de Jesús, en un Colón, en un Cortés... Decid que realizó fanáticamente su tarea y a ello atribuid una parte del secreto de su éxito, porque nada grande se hizo nunca sin pasión, ni movimiento alguno pudo ser transcendente o eficaz si sus animadores no sintieron esa voluptuosidad que empuja a las renunciaciones, a las supremas abnegaciones de sí mismo...

Y si queréis hallar la fuente vital del Libertador, no será menester ahondar mucho. En España está, en esa España que veinte repúblicas reconocen hoy con orgullo, porque Bolívar es español hasta lo hondo de su alma, como Rui Díaz, como Cor-

tés, como Pizarro. Como todos ellos pertenece a esa familia de aventureros sublimes para cuyo espíritu ni la imaginación, ni la audacia, ni la naturaleza tuvieron límites. Español por su hidalga generosidad, español en lo heroico, español en sus virtudes y hasta en sus defectos, es Bolívar como una gran síntesis de esa España que produjo al Cid e inventó a Don Quijote.

Empero, muchas de sus cualidades y no pocos atributos de su genio los debe a América. Su imaginación es de nuestro trópico, su espíritu realista es americano, su potencia de trabajo afínca en las fuerzas vírgenes de este continente...

Lo español y lo americano se aunaron en este maravilloso espécimen que es como un modelo y como un anuncio de los hombres y de los tiempos que vendrán.

¡Qué hombre aquél!

Añadamos que fué un solitario. Siendo comunicativo, magnánimo, condescendiente y dado a la plática y al trato de la buena camaradería en horas de expansión, su soledad espiritual fué casi absoluta. Lo temían y lo envidiaban. Pocos lo comprendieron. Los que más cerca estuvieron de su espíritu, como aquel Girardot que fué el bayardo de Colombia, recibieron temprano el abrazo de la muerte. El mismo Sucre, el gran lugar teniente, el vencedor de Ayacucho, apartado por las necesidades de la guerra, hubo de caer en la flor de su edad... Solo en medio de los campamentos, solo en medio de los camaradas, solo en medio de su pueblo, el libertador, como el Moisés de Alfredo de Vigny, hubo de sentir un día el peso de aquella soledad abismal, la fatiga enorme de su fardo de grandeza.

V

Aproximémonos más, aun, al genio de Bolívar. Examinemos al guerrero, al estadista, al escritor...

Capitán, gran capitán. Sus admiradores lo han parangonado con Federico el Grande, con Washington y con Napoleón. Se ha dicho que fué mayor hombre de guerra que el caudillo de la libertad norteamericana. Y es verdad. Se ha dicho que su abnegación y su generosidad fueron mayores, pues que renunció a la enorme recompensa monetaria ofrecida por el Perú. Y también es verdad. Montalvo lo comparó con Napoleón, pero no se atrevió a afirmar rotundamente su pensamiento. Del curso tuvo la penetración clarividente, el cálculo sabio, la osadía ilimitada. De Federico el Grande, la energía sobrehumana, la energía que ningún desastre es capaz de abatir. Federico combatió contra un enemigo cinco veces superior en número. Bolívar lu-

chó no sólo con el enemigo externo sino también con sus propios compatriotas, suerte común por otra parte a todos los libertadores sudamericanos. «Una sola de sus creaciones, la gran Colombia, que tiene 112,000 leguas cuadradas,—escribe Blanco Fombona—es más vasta que todas las conquistas de Napoleón. La historia no conoce guerrero cuyo caballo de batalla haya ido más lejos y cuyo teatro militar fuera tan extenso».

Gran estratega, empleó en sus batallas el método de Napoleón adaptado a las necesidades del mundo sudamericano, a la naturaleza y a los hombres. Es decir, creó una táctica bolivariana. Tal el chileno Lautaro, ese único capitán de la historia que muriera invicto, había creado su propia táctica en el período de la lucha épica entre los araucanos y los españoles.

Pero es menester considerar otras circunstancias para juzgar a Bolívar como jefe militar. Entre ellas el medio en que actuó. Napoleón tuvo lugar tenientes de primer orden, grandes cabezas capaces no sólo de obedecer sino de inspirar ideas; sin esa colaboración su carrera hubiese sido otra. Actuó en un medio que varios siglos de jerarquía habían disciplinado. En cambio, ¡cuán diverso el medio de Bolívar! Sus soldados carecían de vestuario, y a menudo de armas. La naturaleza obraba en contra de ellos y eran con frecuencia mayores las listas de los hospitales de campaña que los efectivos en acción. Abramos la correspondencia del prócer. En 1820 dice al general Soublette estas palabras: «La lucha no nos ha dejado más que la vida, y esta es de ningún precio para hombres desesperados». En carta del año siguiente, a Santander: «este ejército es un saco roto, donde entran todos los meses mil hombres y se vuelven a ir a sus casas, al hospital y al cementerio, a causa del clima, de la miseria y de la incuria».

¡Con qué elementos, con qué hombres realiza el Libertador sus campañas! De esos oficiales y aun de la mayoría de sus lugar tenientes sólo puede esperarse valor personal, casi nunca ayuda oportuna o cumplimiento exacto de lo mandado. Para saber de la capacidad general escuchad estos fragmentos de carta: «Yo me quedo para poder preparar la nueva expedición, porque cada día me convenzo más que sin mi autoridad no se hace nada, y que donde no estoy yo todo sale tuerto»... «si yo hubiera estado en Bogotá los soldados no tendrían despedazados todos los pies, y no marcharían ahora, así despedazados, sin alpargatas, al Juanambú»... «Si yo hubiera estado en Cartagena, Montilla no habría mandado fusiles de un calibre y municiones de otro, y aun estando yo aquí, no hallo el modo de contener la

progresión del mal... A pesar de que no hago más que cavilar noche y día, soñando y pensando sin cesar»...

Varios de sus generales, con torpe y atrevida insolencia pretendían emular al jefe. Los más obedecían las órdenes como les parecía mejor y alguno hubo, el malogrado Piar, que se lanzó en abierta conspiración. Bolívar no tuvo más que sentenciarlo a muerte... Sólo Sucre, que era el más ilustre y sin disputa el más abnegado, supo mostrarse a la altura de la confianza dispensada por el Libertador...

¿Creéis que con hombres semejantes Julio César hubiera pasado el Rubicón?

Todo ello, la sobrehumana energía, la visión militar, la constancia, las empresas realizadas, y más que todo el hecho de haber combatido durante cerca de tres lustros en nombre de la libertad y por la libertad, me permiten hoy señalar a Bolívar—sin miedo de exageración—como al más grande de los capitanes de la Historia.

También fué grande el hombre de Estado.

Bolívar tuvo una superior visión de la política. Penetró a fondo la psicología de los pueblos americanos, la psicología de todos sus componentes, adivinó el porvenir que les aguardaba y trabajó—a sabiendas de que su esfuerzo inmediato se frustraría, y esto es lo admirable—en pro de la unión general de la América, que su empuje, principalmente, había libertado.

Bolívar tenía ideas precisas acerca del arte de gobernar. Buscaba una suerte de subordinación o, mejor dicho, de ajustamiento del ideal a la realidad. Su filosofía política, sólida, intuitiva y originalísima en él, le hacía prever la crisis futura del mundo democrático forjado por los hombres de 1789.

«El sistema de gobierno más perfecto—escribía—es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política.»

Y a propósito del sistema que las circunstancias aconsejaban: «Sus bases deben ser la soberanía del pueblo, la división de los poderes, la libertad civil, la proscripción de la esclavitud, la abolición de la monarquía y de los privilegios. Necesitamos de la igualdad, para refundir, digámoslo así, en un todo, la especie de los hombres, las opiniones políticas y las costumbres políticas».

Hay en sus discursos políticos—entre ellos en el del Congreso de Angostura—aforismos y pensamientos hondísimos.

Dice: «Son los hombres, no los principios los que forman los gobiernos». «De la libertad absoluta se desciende siempre al

poder absoluto, y el medio entre estos dos términos es la suprema libertad social». «... Que la fuerza pública se contenga en los límites que la razón y el interés prescriben; que la voluntad nacional se contenga en los límites que un justo poder le señala...»

Su visión, adentrándose en el tiempo futuro, tenía percepciones asombrantes: «Ni nosotros, ni la generación que nos suceda—habló en 1822—verá el brillo de la América que estamos fundando. Yo considero a la América en crisálida; habrá una metamorfosis en la existencia física de sus habitantes; al fin habrá una nueva casta de todas las razas que producirá la homogeneidad del pueblo».

¿Queréis más? ¿Queréis oír formular un programa de gobierno, notable para su época?: «Para formar un gobierno estable, se requiere la base de un espíritu nacional que tenga por objeto una inclinación uniforme hacia dos puntos capitales: moderar la voluntad general y limitar la autoridad pública. La sangre de nuestros ciudadanos es diferente: mezclémosla para unirla... Se debe fomentar la inmigración de las gentes de Europa y de la América del Norte, para que se establezcan aquí, trayendo sus artes y sus ciencias. Estas ventajas, un gobierno independiente, escuelas gratuitas y los matrimonios con europeos y angloamericanos cambiarían todo el carácter del pueblo y lo harían ilustrado y próspero... Nos faltan mecánicos y agricultores, que son los que el país necesita para adelantar y prosperar».

Diplomático, Bolívar condujo las negociaciones de este carácter y manejó las relaciones exteriores de los países bolivarianos, mientras los tuvo bajo su control, con un tacto y una fineza realmente notables. La entrevista de Guayaquil muestra hasta qué punto era diplomático, y señala a la vez, ante la historia, el noble desprendimiento y el puro americanismo de aquel grande hombre que se llamó José de San Martín.

Legislador, se preocupó de modificar las leyes españolas, de ajustarlas a la realidad de aquel tiempo, de llenar en lo posible los vacíos más notorios y aun, en muchas materias, quiso y pudo adelantarse a su siglo.

Constitucionalista, tuvo concepciones originales y muy curiosas. Redactó la Constitución de Bolivia. Dió a su propio país Cartas Fundamentales. Pero vale reconocer que en esos ensayos no estuvo a la altura de su genio.

Libertario, aun en plena dictadura no dejó Bolívar de estimar que sólo circunstancias excepcionales podían hacerla tolerable. En 1820, en lo mejor de sus campañas militares, decía a un jefe enemigo: «Siempre es grande, siempre es noble, siempre es justo conspirar contra la tiranía, contra la usurpa-

ción y, contra una guerra desoladora e inicua. El hombre de honor no tiene más patria que aquella en que se protegen los derechos de los ciudadanos y se respeta el carácter sagrado de la Humanidad: la nuestra es la madre de todos los hombres libres y justos, sin distinción de origen y condición».

Conviene, a propósito, señalar que en lo hondo de su espíritu Bolívar amaba la paz. No perdió oportunidad de procurarla en condiciones que asegurasen la independencia de Hispano América. De ello se encuentran no pocas pruebas en la edición oficial que Vicente Lecuna ha hecho de las cartas del Libertador. Un título más a la admiración de los americanos, porque es preciso decir, en forma rotunda, que Bolívar no es sólo de Venezuela o de Colombia. Bolívar es chileno y argentino y brasilero. Bolívar es típicamente un prócer y un ciudadano integral de nuestra América.

Ya que del hombre de Estado hablamos debe también reconocerse que supo dar a la juventud su verdadera importancia. Comprendió, mejor que ninguno de sus contemporáneos, que el espíritu innovador, que la fuerza revolucionaria es propia de la juventud. Y en los campamentos y en el gobierno procuró rodearse de hombres jóvenes y fué un signo matinal el que presidió su vida toda. Sin embargo, a pesar del concurso juvenil, que no fué tan extenso como era menester, circunstancias especiales hubieron de malograr en buena parte su obra política. Es forzoso dejar en claro que sus realizaciones y sus propósitos se vieron constantemente limitados y en veces anulados por fuerzas extrañas a él mismo. Cierta es que la gloria pareció cegarlos y un día se creyó infalible y topoderoso, pero de ello tuvieron culpa los espíritus rastreros que se esmeraban en llenar su camino de incienso. Por ventura, los puñales de esos mismos sujetos se afilaban en la sombra al tiempo de su caída...

¿Qué se opuso al éxito? Los propios gobernados. El material humano de toda América era de mala calidad. Faltaban hombres, faltaba disciplina social, faltaba cultura mínima... Y la clase gobernante, plena de suficiencia, de oscurantismo, de incapacidad, mantenía el tono anárquico, sembrando entre las masas del pueblo, compuestas de parias más que de hombres, la desconfianza y el espíritu de rebelión. El mestizaje dominante, integrado por los antiguos realistas y por toda esa morralla que se arroja siempre a los pies de los vencedores y esteriliza los mejores esfuerzos, hizo fracasar los propósitos del Libertador. Bien lo comprendió este, con antelación, cuando decía en carta a Santander: «Amigo, por nuestras venas no corre sangre, sino el vicio mezclado con el miedo y el error».

Más tarde habría de exclamar amargamente: «Los que han servido a la Revolución han arado en el mar...» Y aun: «No hay buena fe en América, ni entre los hombres, ni entre las naciones. Los tratados son papeles; las constituciones, libros; las elecciones, combates; la libertad, anarquía; la vida, un tormento.»

El sino político de Bolívar estaba trazado de antemano. Sus propios discípulos y amigos se encargarían de crucificarlo.

Pasemos del político al escritor. Y reconozcamos que en este arte fué también maestro. ¡Y qué maestro! Pluma fácil, incisiva, apasionada; imaginación tropical, elegancia y claridad en el estilo, hondura en el pensamiento. ¿A qué pedir más? Aquella página que se llama *El Delirio* está a la altura de las mejores producciones de Musset, de Lamartine, de Espronceda, de cualquier maestro del Romanticismo. El «Moisés» de Vigny, no es más grande.

Tenía vena poética, original y poderosa, que las alternativas de su vida no lograron agotar. Si no en obras puramente artísticas, se vació con frecuencia en sus proclamas, en sus cartas y en sus oraciones. Muestra de ese énfasis heroico que electrizaba a sus hombres es el Boletín de la última victoria de sus armas: «La América del Sur está cubierta de los trofeos de vuestro valor; pero Ayacucho, semejante al Chimborazo, levanta su cabeza erguida sobre todo. ¡Soldados colombianos, centenares de victorias alargan vuestra vida hasta el término del mundo!»

Lleva razón Blanco-Fombona cuando dice: «Por tener un exquisito temperamento de artista, por la cultura adquirida, por la violencia de sus pasiones, por el vuelo de su pensar y porque se abandonó cuando escribía a su temperamento de escritor, Bolívar es, en punto a letras, lo más alto de su época en lengua de Castilla. Con Bolívar se realiza la revolución de independencia en las letras castellanas, o, para no salir de casa, en las letras americanas. Fué también en literatura, el Liberador».

VI

Para completar el panorama de Bolívar es indispensable exhibir uno de los aspectos más luminosos y trascendentes de su acción política: su americanismo. En seguida hemos de relacionarlo con las grandes iniciativas de este orden.

Bolívar preconizó la unión americana. Realizó gestiones múltiples en tal sentido. Celebró tratados, envió agentes diplomá-

ticos a las nuevas repúblicas y dió todo su apoyo moral al Congreso de Panamá de 1826, que es el primer esfuerzo grande realizado en favor de la Federación en Sud América. ¿Quién imaginó este Congreso? No cabe duda de que el argentino Montegudo participó de modo importante en su gestación, mereciendo por ello—y en ese aspecto—ser señalado como uno de los más eficaces colaboradores de Bolívar. La historia le debe la justicia de reconocerlo.

El Congreso de Panamá fué estéril en sus resultados. Ni las circunstancias ni la realidad política de aquel tiempo permitían otra cosa. Bolívar, empero, debió sufrir hondo desencanto.

Las otras tentativas, hechas con posterioridad a la muerte del Libertador, no fueron más felices. Fracasó igualmente el Congreso de Plenipotenciarios, celebrado en Lima en Enero de 1848, y no tuvo mayor fortuna, a pesar de su extrema limitación, el Tratado Tripartito de 1856 entre Chile, Perú y Ecuador.

Antes de esas tentativas, antes del Congreso de Panamá—que constituye, en todo caso, una magna fecha—se había firmado en París, el 27 de Diciembre de 1797, el Pacto de los Americanos. Dice, a propósito de él, Vicuña Mackenna: «La providencia, lo había marcado con su infalible dedo. La libertad de un mundo iba a salir del caos de los siglos... Miranda, el inspirador de aquel sublime complot, es el designado, es el apóstol. Después será el ejecutor y el mártir». Y agrega estas palabras, que encierran un justo homenaje, no realizado todavía: «La América libre debe un monumento, eterno como los siglos, a don Francisco Miranda, Colón indígena, descubridor en el mundo nuevo de un mundo de libertad».

Miranda fué en todo sentido el Precursor. Ya a fines del siglo XVIII, cuando a los estampidos de la Revolución Francesa se estremecían las cadenas del mundo, había discurrido la formación de un Imperio independiente en América, en una América políticamente unida, y a cuya cabeza gobernaría un Inca.

Fracasados todos los proyectos, triunfantes los partidos reaccionarios en las nuevas Repúblicas, la torpe intervención del Gabinete de Isabel II en la política sudamericana tuvo la virtud de despertar las conciencias dormidas y de crear un ambiente favorable al empeño unificador. Y Vicuña Mackenna, comprendiendo que la hora podía ser propicia, inició, a través del continente, una campaña en pro de la unidad americana. Su palabra resonó en la Alameda de Santiago, en las calles de Lima, en la plaza de Panamá, en los teatros de Nueva York, y en los salones de Washington. Se puso en comunicación con

hombres y jefes de Estado de todo el Sur, recibiendo el entusiasta apoyo de aquel gran argentino que se llamó Domingo Faustino Sarmiento y el del general peruano Mariano Ignacio Prado con quien había estrechado amistad en los campamentos revolucionarios de Chincha Alta.

Corría el año de 1866. Vicuña propuso que la guerra sostenida con España fuera llevada a la Isla de Cuba, a fin de obtener la independencia de aquella colonia y en seguida la de Puerto Rico. Animó a los antillanos, fundó en Nueva York su célebre periódico *La Voz de América* y consiguió interesar en su empresa a los gobiernos de Venezuela y del Perú. Una expedición militar, compuesta de peruanos, de chilenos y de venezolanos, debía llevarla a término con ayuda de los cubanos que parecían prontos a insurreccionarse.

Fracasada en su gestación aquella empresa, y de retorno en Chile, Vicuña Mackenna, en compañía de José Victorino Lastarria, de Manuel Antonio Matta, de Isidoro Errázuriz y de otros chilenos eminentes, prosiguió su campaña americanista en la sociedad de Unión Americana que todos ellos habían fundado en Santiago.

Y en 1867, la Sociedad aprobó *Bases de Unión Americana* encaminadas sabiamente a establecer los fundamentos de la Federación Continental como raíz de una futura unidad. Ese documento, hoy casi desconocido, a pesar de las ilustres firmas que lo suscribieron, es todo lo que en apariencia queda de aquel magno proyecto.

¿Sólo en polvo de archivos podían venir a parar los sueños de un Bolívar, de un Miranda, de un Vicuña Mackenna?

El panorama de nuestro tiempo es sombrío por demás. Pavorosas inquietudes económicas, políticas y sociales, sacuden a todos los pueblos de América. Los gobernantes se aíslan envueltos en vendas doradas. Las gentes tiemblan y un alarido de dolor humano parece resonar de un confín a otro de esta América que un Colón descubrió y un Bolívar y un Washington libertaron.

Se avecinan horas cuya importancia podemos fácilmente percibir. Un espíritu nuevo caracteriza a las generaciones jóvenes que pronto han de tomar sobre sus hombros todas las responsabilidades del devenir americano. No es ya quimérico prever que el proceso de unificación continental entrará pronto en la más interesante de sus faces.

América unida en máxima confederación, que comprenderá un día a los americanos de habla castellana, portuguesa e in-


glesa, se perfila entre las brumas del futuro y el contorno arquitectónico del grande edificio parece iluminado ya por los primeros reflejos del sol que va a nacer.

La hora de América se aproxima. Sepamos escrutarla. Sepamos superar los prejuicios políticos y las limitaciones de orden económico y social. ¡Qué el espíritu eterno de Bolívar, de este Bolívar que la posteridad continúa aclamando, como en las epopéyicas jornadas de la primera independencia, sea con nosotros y nos ilumine!

Y para nosotros sea, como una voz de orden, este llamado que brota de lo más hondo de la nueva conciencia americana: ¡América sin barreras económicas ni políticas! ¡América para todos los americanos! ¡América Unida!...—E. O R R E G O V.

ORIENTACION VITAL (1)

Nuestras vidas son los ríos...

 LEGA un momento en que la faena toca a su fin, por este día. Acaso sea la hora del crepúsculo. Las cuitas que nos obligaron a concentrar toda nuestra energía en el trabajo acaso no sean tan imperativas en este minuto. Nos libertamos transitoriamente de ellas y nos damos a meditar. Acaso yo atraviese por uno de esos instantes, y tal sea la causa de que os invite a meditar conmigo sobre este problema que hoy me preocupa a mí, como a casi todas las gentes del mundo: ¿Qué hay que hacer, qué hemos de hacer nosotros para aliviar esa desorientación terrible que desquicia a la humanidad de hoy?

Una fracción infinitesimal de la humanidad somos; es decir, que si yo ni tú ni los otros existiéramos no habría humanidad. Luego, esa desorientación en parte es obra tuya y mía.

Porque la mayoría de existencias individuales derivan sin rumbo, la humanidad vacila. Entonces el problema puede plantearse en otra forma: hace falta orientar nuestra propia vida.

¿Hacia dónde conducirla? Pero ¿es verdad que podemos guiarla? ¿No está su derrotero trazado por leyes inmutables?

«Nuestras vidas son los ríos—que van a dar a la mar—que es el morir...» ha dicho el poeta. Sí: nacimiento, apogeo, muerte, esos son los puntos cardinales de la ruta. Mas, entre ellos, las aguas de ese río pueden volcarse como avalanchas arrasadoras,

(1) (Leído en la inauguración de la Extensión Cultural de los Liceos de Talca).